

Ariel

HABRÁ FUEGO

Margaret Thatcher, el IRA y dos minutos que
cambiaron la historia

RORY CARROLL

A LA VENTA EL 18 DE SEPTIEMBRE

Autor disponible para entrevistas

MATERIAL EMBARGADO HASTA
PUBLICACIÓN

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN:

Laia Barreda | RESPONSABLE DE
COMUNICACIÓN ÁREA DE ENSAYO
659 45 41 80 | laia.barreda@planeta.es



SINOPSIS

Una trepidante reconstrucción en clave periodística del intento de asesinato del IRA contra la Dama de Hierro y la épica persecución que lo siguió.

La madrugada del 12 de octubre de 1984 cambió la historia del Reino Unido para siempre. Es el último día del Congreso del Partido Conservador británico, celebrado en el Grand Hotel de Brighton y Margaret Thatcher se encuentra ultimando su discurso cuando una bomba estalla cinco pisos por encima destruyendo toda la parte central del edificio. Decenas de heridos, cinco muertos y ni un rasguño para la Dama de Hierro, que salió por su propio pie del edificio más determinada que nunca a no dejarse intimidar por los embates del IRA.

Con una escritura propia de los *thrillers* históricos, Rory Carroll esclarece la mayor conspiración para decapitar el Estado británico y su Corona. El reputado periodista describe la planificación del atentado, el papel de los servicios secretos y la resolución de un caso que aún hoy día sigue removiendo las entrañas de la sociedad inglesa.

EL AUTOR

Rory Carroll es un veterano periodista que empezó su carrera profesional en Irlanda del Norte. Como corresponsal extranjero para *The Guardian*, ha informado desde los Balcanes, Afganistán, Irak, África, Latinoamérica y los Estados Unidos. Su primer libro *Comandante: La Venezuela de Hugo Chávez*, fue nombrado libro del año por *The Economist* y libro de la semana por *BBC Radio 4*. Reside en Dubín, su ciudad natal, como corresponsal de Irlanda para *The Guardian*.



©Kevin Kneffache

ALGUNOS EXTRACTOS

PRÓLOGO

«En 1984, era de lo más habitual empezar el día con las últimas noticias sobre la violencia en Irlanda del Norte, pero esa vez la cosa era distinta. La bomba había estallado en Brighton, Inglaterra, y el objetivo era la primera ministra británica. Estuvo a punto de matarla. Era el decimoquinto año de los Troubles ('disturbios'), ese curioso eufemismo que aludía a matanzas esporádicas, y estábamos tristemente acostumbrados a oír hablar de ataques contra soldados, policías y civiles. Pero, ¿Thatcher? El mundo sufrió una sacudida. Se trataba de una figura de talla mundial, la Dama de Hierro, y la protegían varios perímetros de seguridad. ¿Cómo había logrado el IRA acercarse tanto? ¿Cómo lo habían planeado? ¿Cómo consiguió ella librarse? ¿Y si hubiera muerto?»

«En la tortuosa y complicada historia de Gran Bretaña e Irlanda, el pasado no es una cuestión zanjada. No existe una narrativa completa y compartida. Que sean atrocidades o actos justificados depende del ojo del observador. Quién inició el conflicto es un tema tan disputado como quién lo ganó o lo perdió. La cuestión de más calado es qué se logró con la matanza. Pero en Irlanda del Norte no hay respuesta, del mismo modo que no hay una paz definitiva.»

«Magee, de treinta y seis años, pasaba desapercibido. Bien afeitado y elegantemente vestido, podía confundirse con un turista o un agente comercial en viaje de negocios. No hizo ni dijo nada que se saliera de lo normal. De haber prestado atención, quizá alguien habría notado que le faltaba una falange en un dedo de la mano derecha y tal vez hubiera advertido cierta cautela, una tensión contenida en su actitud, pero nadie lo estaba mirando. [...] Todos ellos disponían de informes acerca de Patrick Joseph Magee, uno de los mejores miembros activos del Ejército Republicano Irlandés (IRA, por sus siglas en inglés).»

«Si Magee hacía bien su trabajo, los ingleses tendrían una nueva fecha que recordar. Lo más importante, mientras subía los cuatro escalones que conducían a la entrada principal del Grand, era que Magee había eludido la vigilancia. Desde principios de la década de 1970, los cuerpos de seguridad británicos lo habían vinculado a decenas de atentados con bomba en Irlanda del Norte e Inglaterra. Por los riesgos que asumía, le asignaron un alias: el Temerario. Una pobre elección, porque lo cierto es que era meticuloso. Por ese mismo motivo seguía vivo.»

«Mientras Magee subía a la habitación, su objetivo se encontraba 150 kilómetros al norte, en el condado de Buckinghamshire (Margaret Thatcher Foundation, 1984a). Margaret Thatcher, la primera mujer que llegó a ser primera ministra, estaba en su quinto año de mandato. Había ganado dos elecciones generales y una guerra y estaba dando a la economía del Reino Unido un golpe de timón hacia un capitalismo desaforado [...] Thatcher estaba en su casa de campo poniéndose al día con algunos amigos al tiempo que supervisaba una crisis

diplomática en Sudáfrica, las conversaciones con China sobre Hong Kong y una huelga de mineros del carbón.»

«Los presos republicanos habían resistido hasta el punto de matarse en huelgas de hambre, y aun así Thatcher se mantenía firme. Aquello le había valido una amarga animosidad por parte del IRA, con un grado de odio hacia un líder inglés nunca visto en siglos, y el Consejo Militar del IRA, su órgano ejecutivo, había decidido matarla. Aunque pretendieran hacer pasar el asesinato por estratégico, el ánimo era vengativo. Muchos dudaban que se pudiera llevar a cabo. El IRA nunca había intentado eliminar a un primer ministro en activo»

«El Temerario tenía tres días y tres noches para completar la bomba y ocultarla. Tendría que contener el aliento durante veinticuatro días, seis horas y treinta y dos minutos. Entonces, si todo salía según el plan, desde la habitación 629 saldría un destello, un sonido atronador, y el corazón del hotel Grand se resquebrajaría, desencadenando la venganza sobre quienes estuvieran debajo.»

LA GÉNESIS DE UNA CONSPIRACIÓN

«Las matanzas de Mullaghmore y Narrow Water fueron una despiadada demostración de la capacidad de violencia del IRA, que generó una crisis sin precedentes para la primera ministra británica. Margaret Thatcher llevaba en el cargo 115 días»

Los cielos amistosos del sur de Armagh

«Mountbatten muerto, soldados masacrados. Los télex de las salas de redacción del mundo entero vibraban ya con los detalles. Margaret Thatcher tenía su primera crisis en Irlanda del Norte. Mandó a Belfast a su secretario para Irlanda del Norte, Humphrey Atkins, y se pasó la noche en un caos de llamadas telefónicas, instrucciones y preparativos para el funeral. Mountbatten tendría su pompa.»

«Airey Neave, miembro del Parlamento y antiguo oficial del Ejército famoso por haber escapado de una cárcel nazi, dirigió la campaña y presionó a sus compañeros con una mezcla de encanto, intimidación y embuste. El 11 de febrero de 1975, los diputados conservadores eligieron a Thatcher. [...]Thatcher causó sensación al otro lado del charco. En una visita a California, descubrió a un alma gemela, el gobernador Ronald Reagan. «Sabía que éramos del mismo parecer y, manifiestamente, él también», diría ella más tarde. Un beligerante discurso de Guerra Fría sobre la Unión Soviética dio pie a que el periódico *Red Army* le otorgara el sobrenombre de «Dama de Hierro»».

El Temerario

«Magee había sufrido abusos y vejaciones en Girdwood Barracks, el lugar que Thatcher había recorrido a toda prisa de camino al helicóptero. A lo largo de siete años, su compromiso había sido absoluto. Pero en ese momento, mientras la primera ministra reconocía el campo de batalla, Magee sentía como si se hundiera en las marismas de Shan-

non. Había dejado de ser un simple activista del IRA; era esposo y padre. Se sentía confundido, como si tiraran de él hacia lugares opuestos. No sabía si podría seguir contribuyendo al movimiento, siendo eficaz. Parecía como si los recuerdos de las operaciones, de las cosas que había visto y hecho, se proyectaran ante sus ojos en bucle. Tenía los nervios a flor de piel y sufría pesadillas. Tal vez estuviera ya harto del IRA (Magee, 2021).»

«El IRA no fue en busca de Magee. La organización no ofrecía salario alguno. De hecho, advertía a los voluntarios —el término que se usaba preferentemente para referirse a los militantes— de que lo que les esperaba era una celda en la cárcel o un agujero en la tierra. No obstante, la reserva de aspirantes sobrepasaba con creces las necesidades de mano de obra. La inmensa mayoría de ellos eran hombres jóvenes de clase trabajadora (Gill y Horgan, 2013, pp.435-456). [...] Veían la violencia como una respuesta legítima porque, si el Estado quebrantaba la ley, entonces es que no había ley. Asimismo, existía una fascinación juvenil por las armas y las bombas. Otros se unían por respeto y aprobación, así como para escapar de las filas del desempleo y el desamparo. Es decir, que había muchos Pat Magee.»

«Magee, el antaño pacifista, se vio envuelto en una vorágine. Su primer año en el IRA fue el más sangriento de todos los que duraron los Troubles —497 muertos, incluyendo a 108 soldados— y la zona más letal fue la suya: Belfast Norte. La cercanía de Unity Walk con el centro de la ciudad daba ventaja a la Compañía G para colocar bombas en objetivos comerciales, lo que formaba parte de una estrategia para esquilmar el tesoro público británico y debilitar la voluntad política.»

«El viernes 21 de julio de 1972, el IRA detonó veinte bombas por todo Belfast en tan solo una hora, una proeza logística que pretendía causar conmoción y admiración. Se dieron avisos, pero las fuerzas de seguridad y los servicios de emergencias no tuvieron tiempo de evacuar las zonas, con un resultado de 9 muertos y 130 heridos, entre los que había 77 mujeres y niños. Hubo fragmentos de cuerpos que salieron disparados hasta las azoteas. Las noticias de la televisión mostraban a los bomberos metiendo torsos en bolsas con palas. El Viernes Sangriento, que es como pasó a conocerse, fue un desastre para el IRA. Hasta los simpatizantes renegaron. De las veinte bombas, el Tercer Batallón había colocado once (Bradley, 2009).»

El Departamento de Inglaterra

«No obstante, aquel precario instrumento de terror engendró la idea más peligrosa y audaz que pudieron concebir los provos, una idea que podía alterar el conflicto por completo y dividirlo en dos fases: el antes y el después. La idea era matar a Margaret Thatcher. Enviar al infierno a la Dama de Hierro no era una idea original, no desde que enterraran a Bobby Sands. Pero dedicar tiempo y esfuerzo a ir a por ella en serio, sondear su dispositivo de seguridad de forma metódica, buscar grietas en su defensa, identificar oportunidades, elaborar un plan...»

«Para el otoño de 1981, el Departamento de Inglaterra estaba empezando a tomarse en serio esa salvaje y arrebatadora idea. Había motivos y medios. El Departamento de Ingeniería estaba perfeccionando temporizadores de larga duración, los miembros activos en Inglaterra recabarían información y Pat Magee se encargaría del reconocimiento; ya lo había hecho antes, al vigilar una convención del Partido Laborista en Brighton. La toma de conciencia llegó poco a poco, como una gota de lluvia resbalando de la punta de una hoja: tenían a Thatcher a su alcance.»

CUENTA ATRÁS

El Allanador de Bombas y Mr. T

«Gurney se sumó a las filas de la policía Metropolitana en calidad de artificiero civil en 1973, justo a tiempo para desactivar dos de los potentes coches bomba que colocó el IRA en el centro de Londres aquel mes de marzo. Aquella horripilante tarde de trabajo no solo evitó una oleada de devastación, sino que salvó los artefactos desactivados, que sirvieron como valiosas pruebas que contribuyeron a la condena de Roy Walsh y los demás miembros del comando del IRA. Artificieros, 1; IRA, 0.»

La habitación 629

El vestíbulo del Grand era un portal al esplendor del mundo de antaño. Suelos de mármol, sillones de cuero, mesas de madera de caoba, cortinas de terciopelo; aquel había sido un hogar lejos de casa para el emperador Luis Napoleón III y otros líderes europeos.⁶ A la izquierda de Magee estaba el bar Victoria, donde había una colección de fotos de canallas reales dispuesta en la pared que quedaba detrás de la caja registradora; la reina Victoria, rechoncha y gruñona, flanqueada por la reina Isabel, el príncipe Felipe, el príncipe Carlos y la princesa Diana.»

«Basándose en su experiencia en la colocación de bombas, en la arquitectura del Grand y en la probable ubicación de Margaret Thatcher, el IRA había elaborado una breve lista de habitaciones aceptables. Groves le propuso la 629, diciendo que tenía una maravillosa vista del mar, y Magee aceptó»

Según Michael Hayes, dos mensajeras elegante-mente vestidas entregaron materiales para fabricar bombas en la habitación²¹ y otro voluntario fue varios días de visita para ayudar a preparar el artefacto, pero no se quedó a pasar la noche. Este extremo encaja con el relato de los empleados del hotel, que al parecer se toparon con un hombre que no era Magee en la habitación 629. Es improbable que hubiera implicadas más de cuatro personas. El IRA quería que, por encima de todo, aquella fuera una operación «cerrada».

«Los provos habían estudiado la arquitectura del Grand, pero aun así solo podían hacer conjeturas con respecto al impacto de la bomba. La explosión en sí no era más que la chispa. La verdadera arma sería el propio hotel, sus ladrillos, las piedras, el mármol y el cristal liberados de 120 años de compacta solidez y transformados en una gran avalancha que se

llevaría todo por delante. Los disparos de Booth, Princip y Oswald, en cambio, habían sido quirúrgicos. El método de Magee se acercaba más a los terroristas suicidas que conducían los camiones que habían destruido el cuartel de los marines de Estados Unidos y otros objetivos el año anterior en Beirut. Por otra parte, el Temerario no tenía intención alguna de morir con su bomba.»

«El único elemento de precisión del que disponía el IRA era el tiempo. El TPU ya estaba configurado, pero había que activarlo. En ese momento iniciaría la cuenta atrás de 24 días, 6 horas y 36 minutos. Normalmente, Thatcher pasaba entre tres y cuatro días con sus noches en las convenciones de su partido. El momento más certero para pillarla en el hotel era o bien a una hora tardía de la noche, o bien por la mañana temprano, la hora bruja. También sería el momento en el que habría menos personal del hotel en el Grand, dijo Magee más tarde. «Nuestro conflicto no apuntaba a los miembros de la clase obrera. Estábamos intentando actuar contra los que considerábamos más culpables.»³⁵ El IRA escogió el día 12 de octubre, el último de la convención, justo antes de las 3.00 por el efecto sorpresa.»

Mecanismo de relojería

Fuentes del MI5 declararían más tarde que, a lo largo de varios años consecutivos, se había filtrado información según la cual el IRA planeaba atacar contra la convención *tory*, pero dichas advertencias no han sido corroboradas (Andrew, 2009, p. 706, n. 135). El apresurado e incompleto registro del Grand fue responsabilidad de la policía Local de Sussex, pero en aquella época todavía inocente eso estaba a la orden del día. Nadie esperaba que la policía registra-se el hotel entero. El IRA le pisaba los talones a su principal objetivo valiéndose de unos combatientes bien conocidos y de una tecnología muy vista, pero los servicios de seguridad no ataron cabos. El error a la hora de proteger adecuada-mente a Margaret Thatcher fue un error de cálculo.»

«A las 2.35, el bar ya había dejado de servir copas en el salón, pero el retrato de la reina Victoria seguía teniendo a decenas de bebedores rezagados a los que mirar con malos ojos. Mientras la cuenta atrás de la bomba de la habitación 629 apuraba sus últimos minutos, bajo el techo del hotel Grand había congregadas 286 personas: 220 huéspedes, 32 visitantes, 11 miembros del personal y 23 agentes de policía.»

Una luz blanca

«A las 02.54.01, la bomba colocada en el cuarto de baño de la habitación 629 detonó. Una brillante y cegadora luz blanca perforó las paredes, los pasillos y la fachada de ladrillo.

Explotó hacia el aire nocturno, deslumbrando la cámara de vigilancia y nublándola (Miles, 1984, p. 2). Una bola de fuego arrasó la sexta planta zumbando, impulsada por la fuerza creciente de la potencia comprimida de los explosivos. La onda expansiva se propagó hacia el exterior a través del ladrillo y la piedra, desencadenando un rugido como el de un trueno. En la



La fachada derruida del hotel Grand horas después de que detonara la bomba de Patrick Magee en la sexta planta, el 12 de octubre de 1984. (PA Images)

629, Donald y Muriel Maclean salieron disparados de la cama dando vueltas en el aire (McCarthy, 1986). Muriel, de cincuenta y cuatro años, cayó a un lado. Al parecer, su marido salió hacia arriba. La pared que separaba los cuartos de baño de la 629 y la 628 se desintegró justo en el momento en que Jeanne Shattock, de cincuenta y cinco años, estaba en su aseo inclinándose sobre la bañera.⁵ La elevada temperatura de la bomba le abrasó la carne.»

«Cuando la bomba detonó, Margaret Thatcher oyó el estruendo apagado y notó que la habitación temblaba. Del techo se desprendió yeso y un fragmento de vidrio de una ventana rota se hizo añicos sobre la moqueta verde. Supo de inmediato que era una bomba. Hubo unos segundos de silencio; luego, el estrépito de los cascotes cayendo. La primera ministra se puso en pie y fue a la ventana, pensando que era un coche bomba en el paseo marítimo.»

«La bomba no alcanzó a la Dama de Hierro. No le causó ni un rasguño. Pero estuvo muy muy cerca. Por medio de la planificación — y, sobre todo, de la contratación de un ingeniero civil



Huéspedes aturdidos y heridos se apiñan frente al hotel Grand tras la explosión. (Martin Mayer)

que estudiara el Grand—, el IRA había multiplicado la potencia destructiva del artefacto al derribar la chimenea. Como si de una guillotina monstruosa se tratara, esta hizo trizas a su paso el hormigón, el acero y la madera hasta llegar a la planta baja. Lo que salvó a Thatcher fue la trayectoria que siguió. Se desplomó por el agujero ocasionado por la explosión, se torció hacia un lado y se precipitó sobre toda la serie de habitaciones con números acabados en 8. Las habitaciones acabadas en 9, incluyendo la *suite* Napoleón de Thatcher, apenas se vieron afectadas.»

«De haber estado Thatcher aún en el cuarto de baño, habría acabado hecha pedazos, tal vez con fatales consecuencias. Una breve dilatación de la maratón que supuso la redacción del discurso — una última cavilación sobre un adjetivo en concreto o una discusión referida a un verbo determinado— podría haberla situado en el servicio en el preciso instante de la detonación, dejándola expuesta a una lluvia de cristales rotos, cerámica y hormigón. En cambio, salió con dos minutos de margen y, cuando empezó la carnicería, se hallaba en la sala, a unos cuatro metros del cuarto de baño. Aun estando allí, podría haber perecido. Si la chimenea hubiera girado levemente en otra dirección al desplomarse, las toneladas de escombros podrían haberse estrellado contra su *suite* y arrasado con el salón. La venganza por los huelguistas muertos habría estado servida y una democracia occidental de primer orden se habría convulsionado. El thatcherismo habría muerto con ella.»

«Thatcher, impecable con su vestido de gala, sin un pelo fuera de lugar, saludó a los rescatadores con tal cortesía que rayaba en el surrealismo, habida cuenta del caos. «Buenos días, encantada de verlos. Gracias por venir.»¹⁸ Si los bomberos se sintieron desconcertados, no lo demostraron. «Tienes que pensar “Bueno, tampoco es que tuviera alternativa, en realidad” — decía Bishop—. Pero, obviamente, eso a ella no se lo vas a decir.»

«A medida que los camiones de bomberos y las ambulancias fueron llenando King's Road, los supervivientes miraban sobrecogidos el hotel en ruinas. La angustia fue en aumento cuando corrió el rumor de que Thatcher estaba muerta (Aitken, 2013, p. 411).»



Margaret Thatcher, flanqueada por su marido, Denis, y su asistente personal, Cynthia Crawford, es trasladada desde el hotel Grand tras la explosión de la bomba. (John Downing / Getty Images)

«Mientras los oficiales de mayor rango y los altos cargos discutían sobre dónde alojar a Thatcher y cómo llevarla de regreso a Londres, ella tamborileaba con los dedos en el escritorio. Entonces saltó. «Caballeros, llevo un rato aquí escuchando esta discusión y hay que tomar una decisión. No me importa a dónde vayan a trasladarme, pero hay una instrucción clara. He de estar de vuelta en el centro de convenciones a las 9.00. ¿Entendido?»

«El ministro de Industria (*Norman Tebbit*) estaba encogido en posición fetal, atrapado contra un colchón, con la boca llena de polvo y grava. Cerca de él chisporroteaban cables eléctricos. Su lado izquierdo era una masa pegajosa de costillas rotas y tenía un pulmón perforado. Oía el gorgoteo de sus tripas (Tebbit, 1988). Los cascotes le mantenían el cráneo estrujado, como si fueran un tornillo de banco.»

«Thatcher estaba decidida a no hacer ninguna concesión, a no mostrar ninguna debilidad. Apenas había dormido. Después de su rueda de prensa a las puertas de la comisaría de policía, antes de que amaneciera, había sido trasladada a la Academia de policía de Lewes, un centro de formación a las afueras de Brighton. En una pequeña estancia, se había arrodillado y rezado en silencio y, después, se había tumbado, completamente vestida, y había dormido a intervalos (Aitken, 2013).⁴⁴ Se despertó con el sonido de la retransmisión del rescate de Norman Tebbit en las noticias de la televisión. Tras ser informada de las restantes víctimas, no tuvo dudas: la convención proseguiría.»

«Sus palabras resonaron en un auditorio en silencio: El ataque con bomba [...] ha sido por encima de todo un intento inhumano e indiscriminado de masacrar a gente inocente e inofensiva — dijo con el rostro lívido y la voz firme—. El ataque no ha sido solo un intento de desestabilizar nuestra convención y ponerle fin. Ha sido un intento de dañar al Gobierno democráticamente electo de Su Majestad. Esta es la magnitud de la atrocidad en la que todos nos hemos visto involucrados. Y el hecho de que ahora estemos reunidos aquí, consternados pero serenos y firmes, es una señal no solo de que este atentado ha fracasado, sino de que todos los intentos de destruir la democracia por medio del terrorismo fracasarán.»

TERCERA PARTE: PERSECUCIÓN

Humedecer gusanos

«Reece, en calidad de jefe del Departamento de Investigación Criminal de Sussex (CID, por sus siglas en inglés), era el responsable de resolver el crimen»

«Los detectives regresaron a Sussex convencidos de que quienquiera que se hubiese registrado en la habitación 629 con el nombre de Roy Walsh había mentido, como mínimo con respecto a su dirección (Davies, 1987c). El instinto les decía que también había mentido con respecto a su nombre y que, probablemente, se tratara del terrorista, recordaba Wells. «Estábamos bastante seguros de que aquel era nuestro hombre, Roy Walsh era nuestro hombre, quienquiera que fuera. Ese es nuestro hombre, el que tenemos que encontrar.»

«Un clamor exigiéndole resultados le pitaba en los oídos. Los líderes mundiales expresaban su esperanza de que los culpables fueran capturados rápidamente. Ronald Reagan ofreció ayuda estadounidense para «desbaratar [ese] azote contra la humanidad», añadiendo: «He dado instrucciones de que mis expertos estén disponibles para trabajar con los vuestros y colaborar para poner a disposición de la justicia a los perpetradores» (Margaret Thatcher Foundation, 2000).»

Eminencia hipoténar

«Dos meses más tarde, el equipo de Brighton había descartado a unos cincuenta sospechosos. Acelerar el proceso entrañaba el riesgo de saltarse una correspondencia. El nombre que figuraba en el último archivo era Patrick Joseph Magee.»

«El rotulador de Turner marcaba puntos en la pantalla. Se detuvo y levantó el rotulador. Unos cuantos puntos más. Turner parpadeó. Acercó el rotulador y siguió observando. Volvió con el rotulador a la pantalla. Más puntos, más observaciones. [...]Entonces eran las 20.30 y sentía la adrenalina. Pero tenía que estar seguro. Contó los puntos: dieciséis. Stephen Turner había descubierto quién había colocado la bomba de Brighton.»

Dublín

«La policía irlandesa había encontrado al terrorista de Brighton. No hacía falta intervenir ningún teléfono, ni ningún informador, ni peinar la ciudad. Solo un simple seguimiento. Y fue fácil porque Magee no se escondía. Tres meses antes, se había resguardado en Cork, pero tras la detonación de la bomba no se habían producido detenciones masivas ni mención pública de su nombre. Así pues, regresó a Ballymun, su base intermitente desde 1981. Irlanda era demasiado pequeña como para estar escondido eternamente. A Magee ya lo conocía la División Especial para Irlanda, que mantenía una observación esporádica de los sospechosos del IRA en Dublín. Las ausencias prolongadas picaban la curiosidad de los detectives, así que Magee retomó sus rutinas, lo que pasaba por su normalidad.»

«Los jefes de la seguridad británica se temían que una solicitud de extradición no solo iba a fracasar, sino que haría saber a Magee que lo estaban buscando por lo de Brighton.»

Londres

«Los perseguidores del Temerario no tenían confirmación alguna de que estuviera en Gran Bretaña. Podía estar en Bogotá o en Burdeos. A decir verdad, llevaba en el país al menos diez semanas, desde que Ella O'Dwyer y él alquilaran el apartamento en Glasgow a finales de marzo. Habían estado haciendo preparativos lenta y meticulosamente, investigando objetivos, adquiriendo componentes para bombas, probando elementos electrónicos. Gerry Blute McDonnell y Martina Anderson habían hecho lo propio en mayo. El plan era colocar dieciséis bombas de tiempo, una cadena de explosiones que daría comienzo a mediados de julio, para lo que todavía faltaba un mes (Parry y Pallister, 1986). Magee había ido a Londres a colocar el primer artefacto.»

Glasgow

«Un miembro veterano del operativo de incógnito de la Metropolitana que era originario de Irlanda del Norte se abrió paso tranquilamente entre la muchedumbre y miró con discreción al hombre más bajo y moreno.¹⁶ «Me puse a buscar el dedo porque sabía que le faltaba un trozo —recordaba—. Dije: “Sí, estoy seguro al noventa por ciento”, uno nunca

dice al cien por cien, “estoy seguro al noventa por ciento de que es Magee”. Habían encontrado al Temerario»

«Patrick Magee y los miembros restantes de la unidad del IRA estaban sentados a la mesa de la cocina, en la parte trasera de su apartamento, terminándose la cena, que consistía en patatas, coles de Bruselas y filetes (Petrie y Steele, 1986b, 6). No habían visto ni oído ningún alboroto fuera ni en las escaleras, pero sí oyeron la llamada.»

«Los tres activistas del IRA no opusieron resistencia ni protestaron mientras los apresaban. Esa brutal violación de su refugio los consternó de tal manera que enmudecieron.⁶⁶ La toma de conciencia fue demasiado espantosa: los habían cogido.»

Reparaciones

«El jurado no se tragó la teoría de la conspiración policial. El 10 de junio, después de veinticuatro días de proceso y cinco horas de deliberaciones, consideró que Magee era culpable de los siete delitos relacionados con Brighton (Parry, 1986a). Al día siguiente también los condenaron, a él y a los demás acusados, por la campaña costera. Magee ya se lo esperaba.⁴⁸ Al unirse al IRA en 1972, le habían advertido que le esperaba la tumba o la celda.»

Epílogo

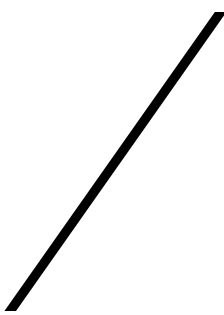
«Margaret Thatcher ganó sus terceras elecciones consecutivas en 1987, un hito extraordinario, y luego sucumbió a la arrogancia. Aprobó un impuesto impopular, humilló a ministros, perdió la relación con sus diputados, pero siguió adelante como si se tratase del mismo partido rendido a sus pies que la había aclamado tras el estallido de la bomba (Aitken, 2013, p.350). Sus colegas la obligaron a dimitir en 1990.»

«La puesta en libertad de Patrick Magee en 1999 tras cumplir catorce años, menos de la mitad de la sentencia recomendada por el juez, fue motivo de controversia».



PARA AMPLIAR INFORMACIÓN

Laia Barreda Vicent | RESPONSABLE DE
COMUNICACIÓN ÁREA DE ENSAYO
659 45 41 80 | laia.barreda@planeta.es



Ariel

